

Personalidades de la Iglesia en España dan la bienvenida a Benedicto XVI

Una tierra de mártires que necesita nuevos santos

Desde que Benedicto XVI anunció, en agosto de 2008 en Sydney, que la próxima JMJ sería en Madrid, la Iglesia que peregrina en España se puso manos a la obra para acoger y acompañar al Vicario de Cristo y a los miles y miles de jóvenes que vienen a encontrarse con él. La Jornada es, ante todo, esperanza y apertura del corazón de los jóvenes al infinito, como afirman diversos representantes de instituciones y Congregaciones religiosas españolas

Un nuevo Damasco

Monseñor Javier Echevarría

Prelado del Opus Dei

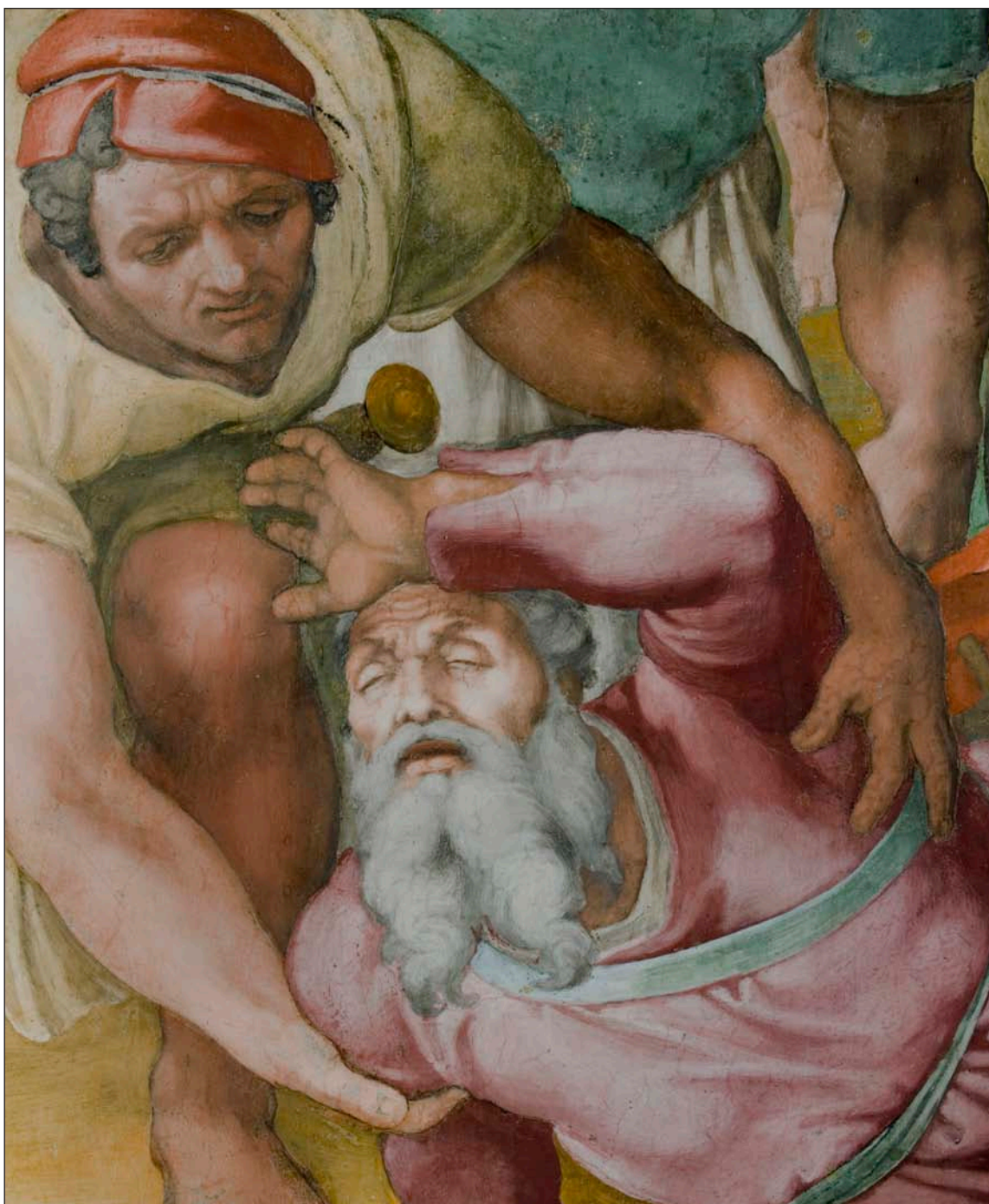
Saulo de Tarso, lleno de celo por la ley de Moisés, llevaba cartas expedidas por la autoridad más alta del judaísmo, destinadas a las sinagogas de Damasco, con el fin de llevar detenidos a Jerusalén a cuantos encontrara, hombres y mujeres, seguidores del Camino. El Señor, sin embargo, no se lo permitió. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, una luz intensísima lo derribó al suelo y oyó una voz que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* El joven respondió: *¿Quién eres tú, Señor?* Y la voz le dijo: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues.*

Todo ocurrió en un instante, en el camino de Damasco. Desde entonces, este nombre -Damasco- es sinónimo de conversión, de apertura a la gracia de Dios. Desde aquel momento, Saulo el perseguidor, con la ayuda de un cristiano piadoso de Damasco, Ananías, se convirtió en el apóstol Pablo. Dijo que sí al Señor, libremente, y fue hasta la muerte -con una lucha generosa, alegre- un fiel discípulo y evangelizador de Jesucristo.

De alguna manera, se podría decir que cada JMJ es, para muchas y muchos jóvenes, la ocasión de revivir el episodio de Damasco. El Señor Jesús, por boca de su Vicario en la tierra, Benedicto XVI, dirigirá su palabra a quienes le escuchen y provocará -en quienes le oigan bien dispuestos- una nueva conversión, un cambio quizá profundo en su existencia. De esa palabra acogida con fe, pueden nacer millares de decisiones de búsqueda de Jesucristo, sin cambiar de estado -en la vida matrimonial, en el celibato apostólico-, o abrazando el sacerdocio o la vida religiosa. El Señor llama a muchos, a todos, a la plenitud de la vida cristiana, por muy diversos caminos. Pero se precisa -como en el caso de san Pablo- un corazón abierto a Dios y a los hermanos, que se adquiere y se profundiza con la ayuda de la catequesis y también con la colaboración de otras personas que, como Ananías, pueden facilitar que la palabra del Vicario de Cristo arraigue en el alma.

Cada santo, canonizado o no, ha tenido su Damasco, su momento de conversión radical a Dios. Quizá no fue tan vistoso como el de san Pablo, pero fue igualmente eficaz. Quizá se trató sencillamente de pasar de la indiferencia al don de sí mismo. De una vida que consistía en recibir, a otra que es también dar, que va acompañada de una felicidad profunda, tan diferente de la que ofrecen las satisfacciones materiales.

He tenido la suerte de vivir muchos años al lado



Detalle de *La conversión de san Pablo*, de Miguel Ángel

de un santo que, lleno de convicción, aseguraba: «Madrid ha sido mi Damasco, porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma y aquí he recibido mi misión». Me refiero a san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Aunque nacido y criado en tierra aragonesa, fue en Madrid donde el Señor le mostró la tarea que le había asignado desde la eternidad: enseñar a todos los

cristianos que la existencia ordinaria -entretejida de horas de trabajo bien hecho, de dedicación a la familia y a los amigos, de interés por el bien común de la sociedad- podía y debía ser un verdadero camino de santificación.

Durante muchos años, presintiendo que el Señor quería algo de su vida, pero sin saber qué, el joven Josemaría se dirigió a Dios con unas palabras to-

madas del Evangelio: *Domine, ut videam*; las mismas que un ciego dirigió a Jesús que pasaba por el camino de Jericó: *Señor, ¡que vea!* Esa luz se hizo realidad en su alma el 2 de octubre de 1928, precisamente en esta ciudad de Madrid. Aquí desarrolló un servicio generoso entre todo tipo de personas, entre los enfermos de los hospitales y entre las gentes más necesitadas de las barriadas extremas. Bien pronto se rodeó también de un grupo de jóvenes a los que contagiò su entusiasmo sobrenatural y humano, enseñándoles a santificar el estudio, el trabajo y todas las realidades de la vida cotidiana.

Muchas personas han tenido su Damasco en Madrid, tierra de santos, de mártires y de cristianos normales que procuran imitar a Jesucristo en la vida ordinaria. Por unos días, esta ciudad se convertirá en la capital mundial de la juventud. Sobre todo, va a ser la ciudad de Pedro. Benedicto XVI nos guía y nos lleva hacia el Modelo de todos los santos, hacia Cristo. Le damos la más calurosa bienvenida, rezamos por los frutos de su Viaje pastoral y pedimos, sobre todo, que muchas chicas y muchos muchachos se sientan personalmente interpelados por sus palabras y experimenten en esas jornadas su Damasco: un encuentro personal más intenso con Jesucristo, que cambie y mejore su existencia.

Decía el Papa, al comenzar su pontificado: «Quien deja entrar a Cristo en la propia vida no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera».

Hemos de estar plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en nosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo.

Recurro a la intercesión de san Josemaría, tan

estrechamente ligado a esta ciudad, y al Beato Juan Pablo II, inspirador de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Que ellos nos alcancen del Señor, por intercesión de la Virgen de la Almudena, una lluvia de gracias en estos días. Que la JMJ de Madrid sea la Damasco de muchos jóvenes dispuestos a dejarse la vida por Cristo y por los demás, siendo testimonios creíbles y vibrantes de ese Evangelio –siempre antiguo y siempre nuevo– que el mundo actual, nuestro mundo, necesita con urgencia.

La tierra de Teresa le recibe con amor

Carmelitas descalzas monasterio de la Encarnación (Ávila)

Amadísimo Santo Padre: ¡la tierra de Teresa le recibe con amor! España entera, ¿y cómo no?, su Carmelo y sus hijas, que le quieren con locura, que esperan con ilusión su Visita. ¿Quién no sueña con ella?, ¿quién no necesita de su corazón remansado de paz, de amor, de ternura, de entrega?

Nos preguntan qué supone para nosotras esta Jornada Mundial, que está tan cerca. Y no sabemos qué decir, Santo Padre, porque no encontramos palabras aquí en la tierra. Es una alegría inmensa, por sentir muy cerca del corazón el Corazón joven de nuestra amada Iglesia. Es un sentirse más hijas que nunca, y un desear ser a la vez más *Madres*, con lo que esto encierra; como la Virgen María, que, en este valle de lágrimas, cuidadosamente las recoge y perfuma, que amorosamente nos vela. Que, intuyendo nuestras necesidades en un golpe de amor, por nosotros se entregue. ¡Gracias por venir a nuestra

patria! ¡Cuánto le necesitamos! Porque es nuestro Padre y queremos sus brazos, que nos cobijan y educan, que nos alimentan, que nos muestran el Amor y la Verdad, la santidad, así, muy cerca: en el día a día, en lo ordinario, donde el suave aleteo del Espíritu lo inunda todo, donde la ternura de nuestro Dios se manifiesta. Gracias, Santo Padre, por venir a darnos a Cristo, su bendita herencia. Gracias por introducirnos en su escuela, la de los pequeños, que viven de amores divinos y hacen al alma soltar sus amarras, viviendo en el cielo sin dejar la tierra.

Con Vuestra Santidad aprendemos a quererle de veras. ¡Qué gracia poder acercarnos al santuario de su Corazón, entrar allí muy dentro, y comprobar que esa Puerta Sagrada está siempre abierta!

Sabemos, Santo Padre, cuánto ama al Carmelo, humilde parcelita de la Iglesia, y cuánto sabe también de la pasión de esta andariega, que, por cerrar sus heridas abiertas, se recorrió España entera, sembrando palomares de la Virgen, que la ungieran y quisieran. Sus Hijas también queremos ir sembrando la vereda, para que así, cuando pisen nuestros jóvenes, y cuando pase nuestro Dulce Cristo en la tierra, esté regado de amor y sacrificios, de milagros de silencios y de entregas.

En lo grande y en lo chico, en alegrías y en penas, en todas las circunstancias, sus carmelitas le seguimos como una sombra, que no se ve pero que está muy cerca. Y aunque nunca veamos los rostros de estos jóvenes aquí en la tierra, los llevamos en el alma muy metidos, uno a uno, con sus nombres que Dios sabe, con todas sus ilusiones de entrega.

Gracias, Santo Padre, por venir, por nombrar a Teresa –nuestra Madre–, Copatrona en esta fiesta. A ella la encomendamos, para que siga abriendo la puerta, de ese Castillo interior que todas las almas encierran.

Rece mucho por nosotras, para que sus hijas tengamos un corazón, así, como el de ella, abierto de par en par, para la Iglesia entera.

